

JOSE VIDAL BENEYTO

LAS POBRECITAS IDEOLOGIAS

COMENTARIO CRITICO

*Separata de la Revista "Indice",
número 204, enero de 1966, Madrid.*

A Jean Meynaud, en su nueva cátedra canadiense, esta nota crítica que le es tan tributaria.

EL polifacético don Gonzalo Fernández de la Mora publicó meses atrás un libro de ciento setenta páginas, titulado *El crepúsculo de las ideologías*, que mereció los siempre rentables elogios de la derecha española. Al escribir sobre dicho libro en el periódico «Madrid», el señor marqués de Valdeiglesias no vaciló en afirmar: «G. F. de la Mora ha alcanzado una verdadera cima de pensamiento, acreditándose una vez más como una de las primeras figuras intelectuales de nuestra era» (sic). El libro, su lanzamiento y el juicio que acabamos de citar prestan verosimilitud a la hipótesis de que el nivel de desarrollo cultural en España es todavía, y por desgracia, bastante inferior al de su progreso económico, pues sólo en comunidades de reciente incorporación a las grandes culturas tradicionales o con índices de culturalización muy exiguos, cabe presentar un inventario de banalidades como el resultado de un riguroso proceso reflexivo, o confundir la precipitada divulgación periodística con la paciente y severa elaboración científica, cuando no con la genuina creación intelectual.

El crepúsculo de las ideologías es un repertorio de lugares comunes del pensamiento político conservador en los años 50, a los que el fogoso polemista que es Fernández de la Mora carga de patetismo profético y de convicción apostólica, no sin perjuicio, bien es cierto, de su calidad científica. Por todo ello, apenas merecería este libro ser comentado o glosado. En realidad, bastaría con su simple recensión, ya que ni siquiera cabría atribuirle el mérito de ser un «introducción» de novedades —como reivindicaba para él una «brevería» del «ABC»—, puesto que con alguna antelación la Editorial Tecnos había publicado el ensayo de Daniel Bell, *The end of Ideology*; y Ediciones Ariel, los magníficos trabajos del profesor Meynaud, *El destino de las ideologías* y *Tecnocracia y política*.

Sin embargo, hemos pensado que quizá pueda tener interés aprovechar esta oportunidad para examinar, al hilo del opúsculo mencionado, los supuestos del esquema conceptual de donde parte la ideología tecnocrática, y la versión, expurgada en unos aspectos y ampliada en otros, que para uso y abuso de hispanos nos ofrece el señor Fernández de la Mora.

LA TESIS

JEAN Meynaud nos recuerda, a ese respecto, cuáles fueron los antecedentes y comienzos de la doctrina que comentamos. Arthur Koestler, en una de las primeras reuniones organizadas por el Congreso para la Libertad de la Cultura—junio de 1950—, denuncia ya las falsas antinomias socialismo-capitalismo, derecha-izquierda, y afirma la homogeneización ideológica. Pero son, sobre todo, la Conferencia de Milán de 1955 sobre el Futuro de la Libertad y los llamados «Coloquios de Rheinfelden»—convocados, asimismo, por el Congreso—las dos instancias decisivas para la presentación en Europa de «la muerte de las ideologías».

La línea argumental de esa tesis no puede ser más simple. El progreso tecnológico y el desarrollo económico han producido la sociedad de la «abundancia», en la cual el conflicto ideológico no tiene vigencia alguna. La «opulencia» ha desinteresado al hombre de la política. El socialismo se ha encontrado con que sus objetivos ya han sido realizados o están parcialmente programados por otras fuerzas políticas. Así, pues, los movimientos socialistas, condicionados por el bienestar de la high consumption society, por la indiferencia política del ciudadano, por su propio vacío de contenido programático real, han renunciado a la utopía revolucionaria y entrado en el sistema de relevo de partidos. El mismo comunismo soviético ha tenido que pagar el precio de la expansión económica y el desarrollo social, renunciando a la conquista por las armas, a la imposición por la violencia revolucionaria, y aceptar, al menos como horizonte mediato, el bienestar generalizado, la estratificación plurificadora, las servidumbres técnicas y sociales del mundo industrial desarrollado, datos todos ellos que comparte con las grandes naciones del bloque occidental. Sin conflictos divisores de qué partir, ni objetivos diferenciadores a qué llegar; sin militantes que los susciten y agiten artificialmente, las ideologías se aproximan, se homogeneizan, se disuelven, desaparecen en la necesaria y bienhechora coincidencia, en el consensus. La unanimidad en el desde dónde, en el qué, en el porqué, y en el para qué—elementos del núcleo ideológico—no deja sujetos a controversia sino el cómo y el cuándo; es decir, aquellos sectores de la decisión que competen esencialmente al técnico, en los que éste, por su formación y experiencia, será, en principio, indiscutido. De este modo, las cenizas de las viejas ideologías han alumbrado el Fénix de la ideología tecnocrática.

Raymond Aron—el más importante, si no el único pensador militante de la derecha liberal-conservadora europea—, con su claridad y sutileza habituales; los profesores Gailbraith, E. Shils, Dahl, Lipset, etc., con las precauciones, salvedades y matices que impone el estilo universitario al uso; los publicistas Daniel Bell, A. Koestler, Jean Baretts, Wladimir Weid-

lé, etc., de manera más decidida y polémica, vienen a ilustrar, total o parcialmente, el esquema expuesto y cuentan entre los principales difusores de esta nueva ideología.

Queremos advertir lealmente al lector que este comentario crítico tiene un carácter meramente vulgarizador, sin prurito alguno de originalidad. Sus datos, sus argumentos, pertenecen al volumen de enseñanzas impartidas en cualquier universidad europea durante los primeros años de las licenciaturas de Letras, Derecho o Ciencias Políticas, y corresponden, por tanto, al patrimonio universitario de todo joven politicólogo de veinte años, curioso y algo informado.

QUE HA DE ENTENDERSE POR «IDEOLOGIA»

PERO comencemos con nuestro análisis. Difícil saber lo que el señor Fernández de la Mora entiende por ideología. Para desdicha nuestra, ha decidido prescindir «de esas notas que sobrecargan otros trabajos suyos (...) por no parecerle en este caso necesarios los testimonios ajenos (...), prefiriendo lanzarse a un cuerpo a cuerpo con la cuestión».

En el primer round de ese cuerpo a cuerpo, las ideologías aparecen como «recetas simplistas de inmediata aplicación», «subproductos degenerativos de una actividad mental vulgarizada y patetizada», «seudo-ideas», «aleaciones de detritus conceptuales y de sentimientos», etc. (páginas 23 y 24).

El segundo round, llevado a un ritmo vertiginoso, nos muestra cómo, para Destutt de Tracy, la ideología es «ciencia de las ideas»; para el racionalismo moderno, «sinónimo de convicción inauténtica, irracional y, en definitiva falsa»; para el marxismo, «un epifenómeno», y para el autor, como «precipitado final de todas las anteriores, una filosofía política simplificada y vulgarizada».

En resumen: el señor Fernández de la Mora, en poco más de cinco breves páginas, deja en las cuerdas a toda la sociología del conocimiento. Ni más ni menos.

El tercero y último round de este combate es el del k. o. definitivo, el de la apoteosis. La ideología es aquí «una realidad mental como el álgebra (...), pero al mismo tiempo práctica (...), fértil, espectacular» (págs. 32-33); «nace para uso de los estratos más ínfimos del género humano, es algo concebido para los mercados suburbanos del pensamiento (...) y simultáneamente es un acicate y un factor de aceleración social» (págs. 34 y 42); «es más bien ideal último» (pág. 37) e «idea vulgar, elemental, inconcreta, emocional» (pág. 38); adquiere el carácter de creencia (pág. 35) para «ocurrirle exactamente lo opuesto que a las

creencias» (pág. 135), etc., etc. Pero alejémonos en este punto de tal torbellino.

El hecho de que la ideología sea una de las categorías de más difícil tratamiento en la «Wissensoziologie» y de la «Sociology of Knowledge» puede disculpar, con cierta benevolencia, el nivel de superficialidad y de confusión en que se mueve el análisis anterior. A la escasa referencia bibliográfica que ofrece el señor Fernández de la Mora al pie de la página 17 de su obra—relación bibliográfica que en verdad no sabemos a qué prurito responde, puesto que apenas se utiliza la misma a lo largo del ensayo—convendría haber añadido, para información de muchos lectores, cualquiera de los numerosos repertorios bibliográficos disponibles. Por su facilidad de acceso nos permitiremos remitirlos al volumen XXXII, año 1962, de los «Cahiers Internationaux de Sociologie», publicados por Presses Universitaires de France»; o a la ponderada relación contenida en el libro reciente de Kurt Lenk, *Ideologie* (Luchterhand Verlag, Neuwied und Berlin, 1964).

DESPOLITIZACION

[A tesis del «crepúsculo» que el señor Fernández de la Mora expone en su alegato sigue, con fidelidad digna del menor esfuerzo, el esquema que describimos arriba y se apoya en estos dos sólitos argumentos: «indiferencia política» de los ciudadanos y «homogeneización ideológica».

En las siete páginas que el autor dedica a la formulación de la apatía política y en las cinco que consagra a su valoración nada hay que merezca retenerse, a no ser la decidida y ostensible voluntad de arrimar el ascua a su sardina, de transformar una más o menos elaborada hipótesis de trabajo en una realidad fáctica, plural y definitivamente confirmada.

El tema de la «despolitización» es uno de los que mayormente ha retenido la atención de los especialistas de la ciencia política durante los últimos tiempos. De ahí que su bibliografía sea ya vastísima. Soslayando, por tanto, los peligrosos «mediterráneos» y para que no se nos acuse de pedantería científica, nos limitamos a proponer al señor Fernández de la Mora la relectura de las ponencias hechas con ocasión de la mesa redonda que sobre «La despolitización» celebró en noviembre de 1960 la Association française de science politique, y que aparecieron después en libro bajo el título de *La dépolitisation. mythe ou réalité* (Armand Colin, París, 1962). En la nota final de ese volumen, el profesor Vedel, ponente general, intenta resumir el contenido de las diferentes contribuciones a dicha mesa redonda. Comienza Vedel por sostener, abundando con ello en los autores más solventes—Meynaud, Lasswell, Lavau, Ries-

man, Burdeau, W. Mills—la ilegitimidad de la conclusión—despolitización—, dada la exigüidad de la fase estudiada, apenas una decena de años.

Afirma Vedel, por el contrario, que si nos colocamos en una perspectiva temporal lo bastante dilatada—el último medio siglo, por ejemplo— e identificamos apatía política con desparticipación política, a fin de situar el análisis en un ámbito de hechos observables, nos encontramos con que la mayoría de los elementos estadísticos disponibles componen curvas de participación estables o ligeramente ascendentes. Cuando por excepción se producen disminuciones—v. g., participación en la vida extraelectoral de los partidos políticos—, tal descenso queda ampliamente compensado, bien por transferencia a este orden de actividades de otros grupos sociopolíticos que asumen parte del anterior quehacer de los partidos, o bien—dentro de una consideración cualitativa—por mutación de la forma y del contenido de la actividad participadora.

Que el estilo de la expresión política habitual haya sustituido hoy la pasión del tribuno por la neutralidad del dossier, el grito desafiante del encuentro callejero por el tono cortés del coloquio, los enfáticos y patéticos períodos de la retórica por la desangelada modestia de las fichas, no confiere, sin duda, mayor coeficiente de politización a 1925 que a 1965.

A este cambio en la forma del ejercicio político ha correspondido una importante variación en los contenidos de la participación pública. Pero, entiéndase, «cambio» no quiere decir «regresión». Esas mutaciones en el qué de la participación política son las que trazan el gráfico de su persistencia expansiva. Parece indiscutible que mientras hace treinta, cuarenta o cincuenta años se llegaba a lo técnico desde lo político, a la decisión política concreta desde y en función de un encuadramiento político global, hoy recorreremos el camino en sentido inverso. Son los problemas concretos de orden cultural, económico, profesional, técnico, etc., los que nos reenvían, cuando profundizamos en ellos, al cuadro político de conjunto, a la opción política genérica que los enmarca y otorga sentido. Los problemas del precio del trigo o de la selección del profesorado universitario acaban siempre, a determinado nivel de su estudio, apuntando al orden colectivo, al destino político de la comunidad.

Los estudios concretos de Jean y Monique Charlot, o de Georges Blondel sobre la participación política en Gran Bretaña; los que Alfred Grosser ha consagrado a este problema en Alemania; los de Serge Hurtig y R. E. Lane sobre participación política en los Estados Unidos; o los que han realizado Alain Lancelot y Jean Meynaud, Georges Dupeux, René Rémond, etc., sobre actividad y participación de los franceses en la política, parecen confirmar la amplitud de tales compensaciones por transferencia y mutación, y reducir la afirmación «despolitizadora» a su justa dimensión de leve tendencia parcial, magnificada en ocasiones por un «wishful thinking» y una desenfadada práctica mixtificadora.

El señor Fernández de la Mora, al desarrollar el argumento de la homogeneización ideológica que habrá de llevar a la extinción de las ideologías, se desvía del modelo que venía transcribiendo, deslizándose con rapidez sobre la atenuación del conflicto en nuestra sociedad, para ofrecernos, en cambio y de su propia cosecha, una bonita y apenas oída lección sobre el mito de la libertad, los errores del liberalismo, la ingenuidad de la representación política democrática y el envejecido fetichismo del voto, cosas todas ellas que, claro está, nunca viene mal recordárselas a los españoles.

Mas dejemos por un momento a nuestro compatriota y volvamos al esquema general del argumento. Comienza éste postulando la existencia de importantes factores de solidaridad y de convergencia, que crean círculos de entendimiento social cada vez más amplios. Así se neutralizan los elementos tensores del conflicto, se desdramatizan las relaciones sociopolíticas y se concluye creando un clima de tranquilidad ideológica y paz social que corresponde y en el cual viven los países industrialmente desarrollados.

Sin embargo, esa postulación parece contradecir toda evidencia. En efecto, si tomamos la unidad temporal de que nos hemos servido ya antes, el último medio siglo, lo primero con que nos encontraremos es el fenómeno de la guerra, la más dramática versión de conflicto, que señorea, por así decirlo, todo ese vasto período: dos pavorosas guerras mundiales e infinidad de guerras locales; de modo que apenas si ha transcurrido un solo día de esos cincuenta años sin que los hombres hayan combatido entre sí en alguna parte del planeta. La guerra, pues, sin solución de continuidad. Incluso si nos limitamos a los últimos veinte años y a los países capitalistas más desarrollados de Occidente, nos encontramos con que Francia ha vivido en estado de tensión conflictiva o de guerra permanente, tanto en su área metropolitana como fuera de ella—Siria, Indochina, Argelia, O. A. S., veintitrés huelgas generales, etc.—; con que en los Estados Unidos el odio racial sigue alimentando la violencia—negros, mulatos, mestizos, polacos o puertorriqueños—y hasta puede atentarse con impunidad y éxito contra la vida de su Presidente; con que en Italia una extrema izquierda radicalizada y dinámica niega el consensus en la calle y exige una sociedad distinta—esa Italia de la emigración, los maffiosi, el Mezzogiorno y los constantes escándalos administrativos, que resquebrajan la corteza del miracolo economico—; con que en Bélgica se enfrentan borrascosamente valones y flamencos, haciendo evidente su desajuste comunitario; con que Alemania vive bajo la sorda y amenazadora tensión de una dignidad nacional humillada por la división de su territorio; con que en la «cívica» Gran Bretaña se producen manifestaciones contra las experiencias atómicas; no faltando en Austria el problema de su Tirol irredento para agregar a esta sumaria descripción el toque del romanticismo patriótico al estilo del siglo XIX.

SOCIALISMO Y ABUNDANCIA

EN lo que sí coincide el señor Fernández de la Mora con el modelo que ha elegido es en su ataque a fondo del socialismo, ya que, de lo que en verdad se trata al postular la muerte de las ideologías, es de declararlo muerto por consunción y enterrarlo a toda prisa y sin mayores formalidades. Hasta tal punto es así que uno se pregunta si la tesis expuesta será un simple pretexto para extender el acta de defunción al enemigo del capitalismo.

El pensamiento político conservador ha considerado siempre, de forma más o menos explícita, que la miseria y la desigualdad son la principal razón de ser, el fundamento moral del socialismo. Para poder arrumbar éste sin remordimientos de conciencia es, por tanto, preciso que antes desaparezcan aquéllas. La sociedad industrial desarrollada, donde la superación de las crisis económicas y los recursos de la tecnología permiten una expansión plena y armónica, se convierte, de tal manera, en el centro de impugnación del socialismo. Puesto que la abundancia es compartida, el triunfo sobre la miseria ha sido alcanzado. La sociedad opulenta, de Galbraith, constituye la versión más divulgada de esa pretendida victoria.

No cabe duda que la miseria como factor dominante y global ha desaparecido de los países más desarrollados del Occidente capitalista. No obstante, de la miseria a la opulencia existe una amplia gradación, muchas y diversas fases, y, entre éstas, la de la pobreza soportable y decorosa, que parece ser la más extendida en la actualidad. Por ello, frente a la confortadora Jauja que nos pinta Galbraith y aun limitándonos a la sociedad norteamericana de los últimos años, tenemos los libros de Gunnar Myrdal (*Challenge to Affluence*), de Michel Harrington (*The other America Poverty in the United States*) y de Max Lerner (*American Civilization*), e incluso los discursos del Presidente Kennedy, que nos presentan una realidad harto diferente. Todavía resulta más clara la situación en Europa. El optimismo profesional de los gobiernos o de sus agentes de «relaciones públicas» aparece desmentido por los estudios más solventes en torno a los niveles reales de bienestar, los cuales vienen a mostrarnos cuán lejos andamos todavía de ciertos objetivos. Los libros de Marks Abrams y de John Strachay, o el admirable estudio de Richard M. Titmuss (*Income distribution and social change*) en Gran Bretaña; los trabajos de Chombart de Lauwe, Pierre Imbert, Gilbert Mathieu Paillet, Jean Marchal, Jacques Lecaillon, Paul de la Gorce, etc., en Francia, y los estudios de Pizzorno, Pagani, etc., en Italia, cifran entre un 13 por 100 y un 24 por 100 el porcentaje de miembros de la comunidad nacional que viven en condiciones inferiores a las representadas por el mínimo vital establecido oficialmente.

De otra parte, la renta real de la fuerza de trabajo experimentó tan sólo un aumento muy moderado, con frecuentes estabilizaciones y algún

que otro retroceso, lo que hace que los índices anuales medios de la tan cacareada expansión del consumo alcancen únicamente el 4,5 por 100 para el último decenio en los países de la E. F. T. A. y de la C. E. E.

A esto hay que añadir las graves diferencias retributivas según las regiones geográficas y los sectores industriales; las lamentables condiciones de ciertos servicios sanitarios; la escasez de alojamientos y viviendas; la insuficiencia de los transportes públicos; la casi inexistencia de instalaciones culturales y deportivas; la mediocridad de la higiene pública; la poca accesibilidad a la enseñanza media y, sobre todo, a la superior; así como la penuria en todo tipo de «servicios» colectivos, hechos todos que configuran una sociedad donde no parece, ciertamente, que el trabajador haya ascendido a la condición de burgués.

EL REPLIEGUE SOCIALISTA

A HORA bien, si se niega la opulencia como estado socio-económico común y, por tanto, el «aburguesamiento» de la clase obrera, ¿cómo explicar la innegable falta de militancia revolucionaria en el mundo del trabajo?

En primer lugar, la negación de la opulencia es compatible con la desaparición global de la miseria o, para ser más exactos, con su confinamiento a ciertas categorías sociales y a determinadas regiones geográficas que, según apuntamos, no alcanzan en ningún país desarrollado de Occidente al 25 por 100 de su población. Por una parte, pues, la reducción de la miseria, y por otra, el hecho de que sus núcleos residuales sean los menos significativos y beligerantes—regiones geográficas montañosas o esteparias, profesiones en desuso, sectores en decadencia, actividades en trance de extinción, ancianos, inválidos y clases pasivas en general—determinan que la repulsa, la negación de una sociedad que no es «vivable»—la sociedad de la miseria—y que hay que destruir o reemplazar, sea tan sólo la condición de una retaguardia inerte e impotente.

Así, en 1950, el socialismo se encuentra con que el mundo del trabajo considera su situación—y la sociedad que se la impone—como un estado precario, pero soportable. La negación de la sociedad se relativiza y decae la lucha por su sustitución. A ello ha contribuido no sólo la evolución de la miseria, sino el trauma de la guerra, las cruentas experiencias de las diversas «resistencias» nacionales, el endurecimiento de los regímenes comunistas bajo la intransigente ortodoxia del stalinismo y los triunfos social-reformistas de la inmediata postguerra. El sentimiento de un bien ganado descanso y la parcial tolerabilidad del sistema llevan a que el trabajador se instale en una espera provisional.

Desde entonces y hasta las recientes experiencias italianas del centro-sinistra y la victoria laborista en Gran Bretaña, la derecha gobierna, casi sin interrupción, en toda Europa, excepto en los países nórdicos. Durante esa etapa de gobierno, que coincide con un notable desarrollo económico, se confirma la tendencia a la concentración industrial y a los grandes monopolios, y se produce, en cierta medida, la colonización de la economía europea por parte de los trusts U. S. A. Los gobiernos conservadores, obsesionados por la crisis de los años treinta y convertidos al keynesismo, profesan el pleno empleo y aceptan y consagran todas las conquistas sociales que el socialismo les arrancó en las inmediatas preguerra y postguerra. Es más, sin excepción, la derecha incorpora a sus programas, tras seleccionarlos, aquellos objetivos socialistas que no parecen atentar directamente contra «el sistema». La planificación y el sector público adquieren carta de ciudadanía. Los grandes grupos de capital y los núcleos de poder político de que se sirven no intentan ya discutir su existencia, sino tan sólo limitar su crecimiento y, sobre todo, controlar su acción. Los notables progresos que se han registrado en las técnicas de condicionamiento de la opinión pública y de los comportamientos colectivos sirven a la clase dirigente para cegar al mundo del trabajo con la prédica constante de la civilización que suponen los aparatos electrodomésticos y las vacaciones pagadas.

A la atonía y desconcierto del campesino, del empleado, del obrero, del técnico, corresponde el desconcierto, mayor si cabe, de los viejos partidos socialistas. Con sus programas desfasados y sus objetivos menores parcialmente realizados o, cuando menos, reivindicados por otras formaciones políticas; desalentados por la persistencia en el poder de la derecha conservadora y perdido su norte por lo que interpretan, bajo el condicionamiento de slogans capitalistas, como la desafección y renuncia a la lucha social por parte del trabajador, no hallan otra solución que un fácil recurso al mimetismo, con miras siempre a la competencia electoral, e intentan buscar el nivelamiento programático con las demás corrientes políticas.

Esta grave y larga desorientación, este repliegue táctico de los partidos socialistas, no puede, sin embargo, identificarse con una desaparición del socialismo o la renuncia de éste a su lucha esencial. En todas partes—en Italia, Francia, Gran Bretaña, Austria, Bélgica, hasta en la República Federal Alemana—surgen grupos en los que la búsqueda doctrinal, la elaboración ideológica y programática, dan como resultado el nacimiento de coincidencias, la fijación de nuevos objetivos, medios y posibilidades para el combate socialista.

NACIONALIZACIONES Y PLANIFICACION

EL señor Fernández de la Mora insiste, machaconamente, en el abandono por parte del socialismo de la política nacionalizadora, que es, según su criterio, la última «gran reivindicación pendiente». A este propósito, quizá convenga recordar que la nacionalización es tan sólo un medio técnico para llegar a la «apropiación colectiva de los bienes de producción y de los servicios». Lo importante no es nacionalizar o no, sino qué se nacionaliza y cómo y para qué se nacionaliza. El socialismo está de vuelta de nacionalizar precipitadamente los sectores económicos deficitarios o en retroceso, que no significan más que la transferencia al Estado y a la comunidad de empresas frustradas o de rentabilidad imposible; nacionalizaciones que no serían otra cosa que un magnífico negocio para sus propietarios. Hay que nacionalizar allí donde señale la estrategia del desarrollo—para condicionar decisiva y rentablemente el proceso económico—y, en todo caso, para incidir en los sectores productivos de mayor expansión: electrónica, petroquímica, energética, de transformación mecánica y eléctrica, nuclear, etc.

Lo mismo cabría decir de la planificación y del sector público. Se trata de instrumentos, de «mediaciones» al servicio de la finalidad socialista, no del socialismo per se.

Cuando los grandes grupos de capital se sirven del sector público para que éste realice las inversiones de infraestructura, necesariamente poco productivas, que requiere la expansión económica de sus empresas; cuando le obligan a asumir actividades que consideran interferentes con su línea económica, cuando montan empresas que se apresuran a ceder al Estado apenas han dejado de ser rentables por haberlas previamente exprimido, no parece, sin duda, que sea el sector público una expresión socialista. De la misma forma, si el Plan se utiliza para establecer una serie de consideraciones generales sobre la coyuntura; para fijar un cuadro productivo global en el que aparezcan reflejados producción y consumo, inversión y gasto; para que se operen los ajustes necesarios entre empresas de un mismo sector a fin de reforzar la rentabilidad de sus particulares políticas empresariales; para determinar qué estímulos, qué primas, qué desgravaciones hay que atribuir a cada sector..., no cabe afirmar, en modo alguno, que la planificación tenga una virtualidad socialista, ya que el Plan es entonces, tan sólo, un marco de referencias indicativas para la vida económica general del país, una relación de ayudas, más o menos directas o enmascaradas, para disminuir los riesgos y asegurar los beneficios de los trusts financieros.

No; los grandes objetivos pendientes no son la nacionalización de esto o de aquello, ni siquiera la creación de un sector público eficaz y regulador, o la planificación general y vinculante, sino la transformación

de la sociedad, la creación de un ámbito social a la medida del hombre. En este sentido el socialismo está procediendo, en sus núcleos más auténticos y vivos, a un balance de las conquistas de uno y otro signo y sometándose—de una parte, las Democracias Populares, y de otra, el socialismo nórdico—a un exigente proceso crítico.

CONSUMO Y SOCIEDAD

EN las Democracias Populares, la subordinación de cualquiera otra exigencia a la producción (incluidos los bienes a producir) y el sometimiento de las necesidades humanas a las de la «acumulación pública» y el esfuerzo militar, han sido incluso más absolutas e intransigentes que en las economías capitalistas. Pero este socialismo de la escasez—como escribe certeramente André Gorz—tiene que reconquistar su finalidad original si quiere poder llamarse, con justicia, socialismo.

La experiencia de los países escandinavos tampoco puede juzgarse como satisfactoria y la exposición panegírica que hace Heckscher de los resultados obtenidos por la social-democracia sueca suscita numerosas reservas. La Democracia eficaz—así titula su libro—que nos describe se apoya básicamente en el consumo y en la seguridad. El consumismo—que es una versión prosaica de la abundancia—apenas se diferencia del gran capitalismo liberal, y está sujeto, en su formulación teórica y en sus encarnaduras sociales, al mismo cerrado horizonte que el redentor bienestar.

En primer lugar, si bien el consumismo encara una sociedad en la cual el nivel general de satisfacciones ha progresado, no es menos cierto que la curva de posibilidades de acceso a esas satisfacciones ha permanecido estable o ha descendido ligeramente. En segundo lugar, el contenido cualitativo de esas satisfacciones y el margen de libertad en la elección de las mismas ha disminuido en forma notable.

Los bienes que se han de consumir no se derivan de la dialéctica de las necesidades y del desarrollo humanos, sino de los bienes que la producción lanza al mercado. La utilidad—social o privada—del producto es completamente secundaria frente a su índice de rentabilidad, porque el único criterio de la producción es la acumulación de capital y, por ello, el beneficio. Como dice, con frase gráfica, E. G. Thompson en *Out of Apathy*: «No se trata de producir para el uso, sino para el provecho.» Desde el momento en que las necesidades primarias han dejado de ser una exigencia de simple supervivencia, el capitalismo ha gozado de la mayor latitud para la determinación de los bienes a producir, a

partir del único supuesto de la rentabilidad, y su exclusivo problema ha consistido en asegurar la venta de lo producido, en conquistar la voluntad del consumidor.

Así, los estudios de mercado no son—según su nombre parecería indicar—intentos para fijar el cuadro de necesidades reales en un área determinada, su evolución previsible y sus conexiones con otras áreas. No. Resultan ser simples encuestas que tienden siempre a establecer las posibilidades de venta de un producto o de una serie de ellos. No se trata de asumir una demanda que tiene su propia razón de ser, sino de imponer una oferta que, a su vez, crea capital. Una eficaz ayuda será el estudio de la mecánica psicosociológica de las «motivaciones.» Los hidden persuaders, de que habla Vance Packard, serán los artífices de esa opresión difusa y constante del mercado condicionado, de ese manso comprador que necesita el consumismo. Cada día compramos más publicidad, más envoltorio, más «marca» y menos «uso» Cada día, según nos recuerda H. Marcuse, el blando totalitarismo de la producción reduce nuestra libertad de elegir, como consumidores «suavemente aterrizados».

SOCIALISMO Y PODER SOCIAL

LA Seguridad, piedra angular en el edificio socialista, no puede limitarse a una incuestionada confianza en el disfrute de un puesto de trabajo, derivado de una política formal de pleno empleo, ni a la burocracia «socorredora» de los Seguros Sociales, por otra parte indispensable. Se trata de garantizar un futuro social-personal, fundado en un orden de producción socialista y en una estructura social realmente democrática.

Seguridad quiere decir que las condiciones, los modos y los objetivos de la producción, así como las relaciones, del y en el trabajo—tanto a nivel de taller, como de fábrica, de empresa, de rama, de sector y de plan—, habrán de fijarlos quienes producen; que la ocupación de un puesto de trabajo, la integración en el progreso productivo que ello implica, la creación de bienes en que se traduce y la remuneración a que da lugar, no serán hechos dependientes de un decir abstracto e incuestionable, sino resultado de un proceso personalizado y dinámico; que a las opciones fundamentales, a escala de comunidad, en cuyo establecimiento deberá haber participado el productor, corresponderán en las localizaciones de base—fábrica y empresa—las decisiones concretas elaboradas también por aquél. Y todo esto, dentro de una permanente relación dialéctica entre los principales objetivos generales y cada concreto bien producido, de tal forma que, desde el vértice a la base de la

tífica, ejercen su función en una órbita de preminencia social que crea forzosamente un privilegio que tiende a perpetuarse. Por dicha causa toda democracia real, aunque cuente con una inicial estructura efectivamente igualitaria, debe establecer una prima compensadora de poder social en favor de los miembros de la comunidad desventajados por su nivel de funcionalidad socio-económica. Esa prima al hombre «de abajo», la conciencia de éste de saberse con tanta voz social como «el que más», con tanta vigencia como el superior por origen o por trabajo, esta presencia social poseída irrestrictivamente, constituye la verdadera seguridad social. Lo demás es querer engañar o engañarse.

Todo parece indicar que el socialismo hay que buscarlo hoy, por una parte en las centrales sindicales obreras, en el sentido de sus luchas diarias y en sus esfuerzos de actualización ideológica y programática; y por otra, en los núcleos, cada vez más numerosos, que se encuentran en polémica divergencia, aunque no necesariamente en declarada ruptura, con los viejos partidos socialistas; núcleos celosos de su autonomía y de la especificidad de su vía respecto de la comunista, pero celosos también de la radicalidad de su proyecto revolucionario.

La gran novedad de esta búsqueda actualizadora es la renuncia a la conquista bélica, a la lucha armada; el convencimiento de que la práctica guerrera revolucionaria en 1965 no es posible ni adecuada; renuncia y condenación del enfrentamiento violento, pero afirmación simultánea de la esperanza revolucionaria, entendida como horizonte en el que habrá de lograrse la transformación radical de la sociedad. Es decir, la revolución como resultado, alumbrando un sistema distinto de relaciones sociales, una fórmula inédita de cooperación social, una escala diferente de necesidades, un modelo de civilización antagónico del capitalista tanto en sus valores como en sus prioridades; y las victorias reformistas de todos los días—las reformas revolucionarias en las que insisten tantos socialistas—como realizaciones del progreso revolucionario en marcha, como hitos, a un tiempo necesarios y únicos posibles, de la creación socialista.

COSMOPOLITISMO Y CREPUSCULO

EL señor Fernández de la Mora ve otro signo del «crepúsculo» en el cosmopolitismo, que «gana constantemente adeptos» (pág. 92). Y para explicarlo nos coge de la mano en la tradición milenaria de los Yu y nos lleva hasta Séneca, pasando por Zenón, Epicteto, Marco Aurelio (todo ello en menos de una página), lo que le permite concluir que el cosmopolitismo «es una combinación de nacionalismos, que la representación geométrica de este proceso es focal (...) y que supone una

simplificación del plexo de los tensores sociales» (págs. 97 y 98). Sí, señores.

Aunque apenas hayamos entendido al autor, si lo que trata de decirnos es que la organización política que llamamos «nación» no responde adecuadamente a la realidad socio-económica de los países industriales desarrollados, estamos en un todo de acuerdo con él. Pero esto no se debe a ningún poder mágico del cosmopolitismo, ni a que el nacionalismo requiera o no, como afirma el autor, «un instrumental de precisión» (pág. 96). Menos literariamente, son las necesidades del proceso económico actual las que están haciendo estallar los límites político-geográficos que adoptaron los países europeos durante el siglo pasado. Los tratadistas han calificado el fenómeno como la función de la dimensión en la vida económica. La estructura de la producción en masa y su aceleración implican una expansión constante del consumo, que no es posible más que en el mercado sin fronteras de la gran unidad económica. Por otra parte, la complejidad tecnológica y el volumen de inversión requerido por ciertos sectores productivos—industria aeronáutica, nuclear, etc.—exigen la escala plurinacional. Hasta la investigación y la enseñanza son difícilmente concebibles a nivel de una modesta comunidad nacional. ¿De cuántos sincrociclotrones disponen Noruega, Finlandia o España?

El prodigioso desarrollo de las comunicaciones ha modificado el significado social de la distancia geográfica y el hermetismo entre los pueblos. Hoy todo está social-objetivamente más cerca, casi al alcance de la mano. Y las puestas de sol sobre el Fujiyama, los suicidios en Sunset Boulevard, el esquí acuático en una playa de Bali, los terremotos de Chile, etc., son casi datos de nuestro común vivir cotidiano. Este fenómeno, conocido como «planetarización», ha sido científicamente estudiado y no vemos qué tenga que ver con «las representaciones geométricas» o «los procesos focales» a que alude Fernández de la Mora, ni en qué confirman su esperanza «crepuscular».

CIENCIA Y POLITICA

DESPUES de este trabajo de demolición, nuestro autor reduce el contenido positivo de la ideología tecnocrática a una apología de la «ciencia» en el gobierno de los pueblos y a proclamar insustituible al «experto». Su entusiasmo es tal que el lector se pregunta si se trata de pasmo de neófito o de coartada encubridora.

Dicha apología, en efecto, no consiste, como resultaría lógico, en una aproximación a aquellos núcleos de lo político más elaborados científi-

camente, ni a las perspectivas que la cuantificación ofrece a las ciencias sociales. No se trata de cibernética, de programación lineal o de investigación operativa, sino de una avalancha verbal—la única presencia matemática en el libro que comentamos la constituye la gratuita utilización de términos como parámetros, variables, factores, etc.—, de una salva de afirmaciones ditirámicas.

Frente a la monótona reiteración de prudencia de todos los profesionales de las ciencias sociales ante el carácter provisional y revisable de las primeras verificaciones operadas, el autor escribe: «Produce estupor que todavía hoy se polemice en torno a las desventajas del multipartidismo o a la conveniencia de representar a las minorías cuando las leyes establecidas por Duverger han reducido el problema a una opción» (página 13). —¡Lo que diría don Mauricio si se enterase!—. Pero esto es sólo el principio. El señor Fernández de la Mora intenta proponer una solución: ni más ni menos que «la ideocracia». «No una desintelectualización, sino una superintelectualización de la vida social» (páginas 23 y 24). «La política es un saber riguroso» (pág. 152), y gracias a que «las ciencias sociales prestan sus conclusiones más esotéricas y depuradas para la puesta a punto de las Instituciones Europeas» (página 97) puede seguir adelante la empresa supranacional. Ya en esta pendiente, no duda y escribe que «la administración de los pueblos tiende a transformarse en un centro de investigaciones científicas fuertemente especializado» (pág. 156).

Tampoco tenemos más suerte cuando el autor aborda el tema del experto. Aun cuando se lean detenidamente las páginas que le dedica, imposible saber qué cosa pueda ser aquél. Al parecer, sean cuales fueren sus capacidades específicas, su formación, los sistemas seguidos para su selección y reclutamiento, así como la fase del proceso en que deba intervenir, su concreta inserción en el gobierno del Estado, sus relaciones con quienes mandan y quienes obedecen, los órganos y criterios que hayan de determinarse para poder juzgar de la eficacia de su trabajo, nada de ello interesa al señor Fernández de la Mora. Lo importante, en su opinión, es que sepamos como «la sensibilidad de los pueblos ha dejado de ser preferentemente auditiva para transformarse en táctil y visual» (página 117), y que el experto «está en los antípodas de esa especie de diletantismo promiscuo y de artesanía estatal propios del ideólogo retoricista» (pág. 118).

Para esclarecimiento del quizá desorientado lector en tan ardua materia, transcribimos un ejemplo que es a la vez brillante ilustración del rigor científico que tantas veces ha reclamado el autor a lo largo de su libro. Dice así: «El estrato nutricional de la religiosidad se encuentra en las capas más profundas del espíritu humano, allí donde apenas llega la propia introspección. Una fe arraiga en las entretelas de la intimidad de un modo a la vez frágil y diamantino; desde luego, misterioso. Una creencia que se afianza en exterioridades farisaicas es cáscara inerte y falaz» (pág. 135). Tales deben ser los «adarmes de logos» y la «liebre científica» que nos prometía en su prólogo.

Otro factor introducido por el señor Fernández de la Mora en la españolización del «crepúsculo» es el ataque a las ideologías de los países en desarrollo, el desdén por sus esfuerzos de afirmación nacional, la negación de lo específico y urgente de sus problemas. Frente a la decidida y alentadora comprensión de Raymond Aron para con los países nuevos—que le llevó a la solidaridad con el pueblo de Argelia en su lucha por la independencia—, el señor Fernández de la Mora sólo encuentra en los países africanos (pág. 143) «subdesarrollo tridimensional..., nacionalismos, racismos, xenofobias, clasismos, luchas religiosas, rancias consignas»; es decir, «un anacronismo ideológico (...) tarado por un localismo circunstancial». En menos de cien palabras el autor despacha olímpicamente—desde el punto de vista ideológico—lo que incluso la derecha liberal conservadora europea considera como un magno objetivo, la gran tarea de la segunda mitad del siglo XX, a saber: la solución de los problemas que afectan a esos dos tercios de la Humanidad que llamamos púdicamente países en desarrollo.

Lo que domina, sin embargo, en la versión hispánica de la tesis general y que cabe atribuir en plenitud al autor, es el incesante batallar contra la democracia. Ya señalamos antes la novedad que introducía, bajo el epígrafe «el liberalismo vira a babor», al exponer las taras del sistema de representación política democrática, estilo occidental. Esa voluntad subyace en todo el libro y aflora en distintas ocasiones y formas. Se concreta en las reflexiones sobre el voto y la representación democrática, el marxismo y el socialismo, la política y la democracia, y la vigencia de la autoridad como principio de gobierno.

En primer lugar, nos presenta el «voto»—la quintaesencia, para él, de la representación democrática—como un artilugio vetusto y deformador, como un engañabobos en manos desaprensivas. «Hoy todo el mundo sabe o siente que entre el voto depositado en la urna y la ley promulgada se interponen tantos mecanismos arbitrarios que el elector se esfuma» (pág. 88). Y más adelante agrega: «Entre el sufragio y el nombre del candidato proclamado se interpone una maquinaria procesal complicadísima (...) que deforma siempre y que puede convertir una

idéntica materia prima en los más dispares productos» (pág. 161). Irremediablemente «todos (los sistemas de escrutinio) deforman la opinión pública» (pág. 165). Por una parte, «el acto de votar puede ser simple inercia» (pág. 48), y por otra, el voto produce unos resultados falsos o es un simple juego azaroso—«entregando la solución del problema al azar del sufragio universal» (pág. 22)—. Además, «en los países subdesarrollados, en las dictaduras y en las coyunturas excepcionales (...) es el dato menos relevante para determinar la tensión social, efectiva» (página 59). Por ello, «el esquema demoliberal de la representación no es verdad; es una ficción» (pág. 90). Y como consecuencia, «la abstención electoral (o la supresión del voto, añadimos nosotros) no es un síntoma de bajo tono social, sino de salud» (pág. 57).

Como era de suponer, marxismo y socialismo son—para el autor—sinónimo de bajas pasiones y de cortedad mental. En la página 70 se nos señala la barrera que el marxismo ha supuesto para la ciencia, «el racionalismo y el empirismo... obstaculizados por la fortísima inercia del doctrinarismo marxista», lo que no es de extrañar, ya que se trata de «un tradicionalismo» (pág. 145). Teóricamente, el marxismo no tiene consistencia ni relevancia: «los secuaces del materialismo histórico se han esforzado en demostrar la motivación económica de la vida humana..., pero la tesis es inaceptable» (pág. 41). Y algo después: «El marxismo convicto de gravísimos errores y fallido en todas sus profecías ha sido doctrinariamente superado» (pág. 64).

El autor, que sin duda conoce la «Historia del socialismo», de Cole, reduce éste a un «movimiento en el que se agitan fantasías, teoremas y pasiones» (pág. 62); siendo, sin duda, el despecho y el prejuicio los que parecen vertebrar al socialismo: «el socialismo alemán se ve obligado a apelar, como las demás agrupaciones no clasistas—seguro que el señor Fernández de la Mora piensa en los conservadores y en el gran capital—a todo el pueblo» (pág. 72), a la vez que «renuncia al resentimiento clasista—el subrayado es nuestro—, que ha sido su principal recurso energético durante un siglo» (pág. 71).

Esta impugnación del socialismo no resulta en favor de la democracia liberal. Como el autor ya advertía en la página 23 de su libro, no se trata de atacar a uno para salvar al otro, sino de llegar «a una general valoración negativa»; puesto que, si cabe, el orden liberal democrático es todavía más execrable que el socialista, ya que tira la piedra y esconde la mano; y así «los puestos rectores del Estado democrático los ocuparon los doctrinarios, los caciques y los demagogos» (pág. 148), y «el estado demoliberal (aclaremos que el de todos los países occidentales llamados libres) no depende de unos principios generales, sino esencialmente de artilugios procesales complejos, delicados y sutiles (...), es un juego de reglas complicadas y tan arbitrarias que cabe concebirlas

de mil modos distintos» (pág. 166). Pero hoy libertad y democracia van de capa caída: «el liberalismo periclita: sus dos cimientos ceden, en parte, porque no son realizables y en parte porque no son prácticos» (página 92); pues «no es tan sólo que el ejercicio de las libertades democráticas sea cada vez más difícil (...); es que el mito de la libertad se está desvaneciendo en las conciencias» (pág. 87). Afortunadamente, ya que «a un Estado le bastaría con dos políticos puros (...) y para el reclutamiento de ambos hace falta un plantel; pero más minoritario—el subrayado es nuestro—que masivo» (pág. 109). Por esta razón «la falta de convicciones democráticas y de fe en el sistema (...) tiene una fundamentación positiva» (págs. 57 y 58).

A causa de estas consideraciones el señor Fernández de la Mora no entiende bien el porqué del interés de los tratadistas y de la preocupación de los ciudadanos por la política. Ambas le parecen anómalas y vitandas. Así escribe: «El desinterés por la política en general (...) no es una anomalía, sino la inexorable consecuencia de la condición humana» (pág. 57). ¡Ay, el aristotélico zoon politikon! Menos mal que «el desarrollo económico dignifica al hombre..., despegándolas (a las masas) de la batalla política» (págs. 141 y 142). Y concluye: «La salud de los Estados libres puede medirse por el grado de apatía política. El fenómeno no es inquietante, sino esperanzador» (pág. 59).

EL GRAN DESCUBRIMIENTO

AHORA bien, si el voto es una superchería; el socialismo, un credo fallido para uso de resentidos; la democracia, un juego de aprovechados, y la política, una intervención artificiosa en desuso... ¿sobre qué organizar la vida en común de los hombres? Y Fernández de la Mora responde con plena suficiencia: sobre la autoridad. Esta es la madre del cordero. Aquí quería traernos el autor. La política como ciencia, como actividad, se centra en las estructuras de autoridad (págs. 99 a 115). En todos los países desarrollados se percibe un movimiento de adhesión a las mismas (pág. 58). Y no sólo en ellos; en general, hoy día, hay «un alza en la cotización de la autoridad» (pág. 94).

Así queda cerrado el ciclo: condenación del marxismo, del socialismo, del liberalismo, de la democracia, de la política, y ensalzamiento de la autoridad. ¿No suena esto a la Italia de 1928 o a la Alemania de 1934? Será posible que la política y la tecnocracia 1965 sean, simplemente, totalitarismo?

Para verificar esta conclusión sería interesante analizar El crepúsculo de las ideologías desde la teoría de «la personalidad autoritaria».

Como recordará el lector, la escuela de Berkeley, partiendo de las dos escalas étnicas, la AS y la E, y de la escala del conservadurismo político y social PEC, elabora la escala F relativa a los fascistas en potencia. Se podría proceder a determinar la vigencia de los ocho primeros elementos que componen la escala—convencionalismo, sumisión, agresividad, anti-intracción, superstición e inclinación al tópico, poder y dureza, espíritu de destrucción, cinismo—mediante un estudio de los factores formales del libro que nos ocupa, su articulación conceptual, la selección, orden y presentación de sus argumentos, su estructura sintáctica, su materia lexicográfica, sus modos metafóricos y adjetivadores, el ritmo de puntuación, su cadencia adverbial... El último elemento de la escala—exaggerated concern with sex—habría que verificarlo al margen, desde luego, del ensayo que comentamos. Aunque la inevitable coherencia de todo autor con su obra y la confianza que nos hace en la página 52 de que «la creciente racionalización de la vida humana va relegando los entusiasmos al ámbito (...) de la intimidad sentimental» pueda significar un indicio prometedor.

En todo caso, para la extrema-derecha conservadora española, tan inquieta por su futuro y por la escasez de jóvenes presencias en su vanguardia, El crepúsculo de las ideologías—que hubiera merecido titularse Y salga el Sol por Antequera—así como la personalidad de su autor, deben constituir un muy seguro consuelo.

Salou, septiembre de 1965.

J. V. B.